

BX 1756

F4

S4

v. 3



FONDO PATRIMONIO
VALVERDE Y TELLEZ

122833

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR BAYLIÓ

FR. D. ANTONIO MARÍA BUCARELL,

VIREY QUE FUÉ DE MÉGICO.

*Ad insulas longè divulgatum est nomen
tuum, et dilectus es in pace tua. Eccles.
cap. 47. v. 17.*

Al fin cerraste, Dios justo y adorable en tus juicios, á nuestros clamores tus oídos, apartaste tus ojos para no ver nuestras lágrimas, y oponiendo una nube de indignacion entre tu piedad y nuestros ruegos, para que no subieran hasta el trono de tu clemencia, descargaste sobre nosotros en solo un golpe todo el peso de tu brazo vengador. Al fin derramaste sobre Mégico el amargo vaso de tu ira, y sepultaste á sus habitantes entre las obscuras sombras de tu justa cólera en los dias

A:

00519

mas propios de misericordia y regocijo. Ni el tierno llanto de un pueblo afligido, ni las súplicas de tantos justos, ni las sangrientas penitencias y ruegos de tantas vírgenes, ni las públicas oraciones de una iglesia dolorida, ni los ministros sagrados que lloraron entre el vestíbulo y el altar, ni el sacrificio augusto de propiciacion y de salud que se repitió tantas veces para aplacarte desarmaron por último tu diestra omnipotente del cuchillo que iba á cortar los dias preciosos de una amable vida. Provocamos (es verdad) con nuestras culpas tu justicia; pero si ésta pedía alguna humana víctima ¿cuántas veces, Señor, en aquellos dias en que nos amenazaba una pérdida tan sensible te ofrecimos muchas vidas para redimir una sola, y en ella las delicias, la paz, las esperanzas de todo el pueblo? Mas ¡ay! habia ya llegado á esta alma grande el momento de tomarse un vuelo libre, y salir de su larga prision rota y quebrantada: el día nueve de abril debía ser el último de su mortal carrera; y la fundada esperanza que nos dejó de su eterna felicidad, habia de mezclarse para nuestro castigo con el inconsolable dolor de nuestra desgracia. Día nueve de abril desdichado é infausto, tú vas á fijar una época

que será siempre triste y lastimosa en la memoria de nuestra posteridad.

Estos vivos y dolorosos sentimientos que ocupaban ha dos meses y medio, y hasta el dia ocupan vuestros corazones: estas voces de religiosa amargura que resonaron y resuenan aun por las calles y plazas acompañadas de tantos lamentos y lágrimas, cuantos no ha visto ni oido en dos siglos y medio la Nueva España en la muerte de sus vireyes: tantas públicas y privadas demostraciones de dolor con que manifestásteis cuánto amabais la vida del que llorais difunto, le formaron ya anticipadamente su mas cabal elogio. Yo, señores, que he subido á este puesto penetrado del dolor mas agudo, confundida mi fantasía con mil negras melancólicas imágenes que me escita la pérdida de un bienhechor insigne, no podia desempeñar mejor mi triste oficio, que siendo un fiel intérprete de vuestras alabanzas. Si hubiera de alabar á uno de aquellos héroes mundanos cuyas ruidosas proezas, abortos de las pasiones disimuladas con el falso brillo que les da ó la lisonja ó la ignorancia, solo sirven para grangearles en vida una admiracion pasajera, que llega á ser en su muerte ó abominacion ó desprecio; necesitaría sin duda valerme de

los artificiosos disimulos de una elocuencia engañosa, ó para disfrazar, ó para encubrir entre sus muertas cenizas aquellos monumentos de su oprobrio. Pero habiendo de hablar de un héroe cristiano, á cuya amable vida siguió una muerte honrada con sinceros testimonios de veneracion y amor; de un príncipe á quien un reyno el mas florido caracterizó con el renombre de *Amado*; de un virey en quien un espíritu de religiosa política unió de tal suerte la paz exterior de su gobierno con la interior de su corazon, que no es fácil decidir si fué mas amable por aquella, ó mas respetable por ésta: no debo hacer ahora mas que repetir un elogio que ha publicado la comun aclamacion. El *amado por la paz* le llamasteis en vida, y el *amado por la paz* le habeis llamado despues de muerto. Le amasteis con una dulce filial ternura por la paz política de su gobierno, y le venerasteis con un respeto amoroso por la paz cristiana de su espíritu. Estos dos títulos de paz política y cristiana con que dilató su nombre hasta unas islas florecientes y hasta las últimas regiones de la América, le hicieron digno del magnífico elogio que acabais de oír en las palabras del sagrado testo, y le merecen justamente el renombre del *virey amado por la paz*

al excelentísimo señor Baylio Frey Don Antonio Maria Bucareli y Ursúa, teniente general de los reales egércitos, virey y capitán general de la Nueva España. Un elogio que reconoce por autor á todo el público, tiene su mayor recomendacion en la circunstancia de vulgarizado y comun. Vosotros, señores, le formasteis, vosotros antes de ahora le habeis publicado muchas veces; yo no haré sino mostrar su justicia y su sinceridad. Espíritu divino, espíritu de verdad y de paz, que en otro tiempo te dignaste ser el autor de los elogios de los gobernadores y varones ilustres del pueblo escogido, aparta de mis labios toda palabra de adulacion y de lisonja, é inspírame discursos dignos de la magestad de este lugar santo en que presides: esto te pido por la intercesion de tu inmaculada esposa María Santísima. AVE MARIA.

La pública paz y tranquilidad, M. P. S., aquel don que Dios derrama sobre los reynos y las provincias en los dias de su misericordia, aquel firme apoyo de la sociedad, aquel dichoso vínculo de los demas bienes, que asegura el buen orden de las familias y la sólida gloria y felicidad del estado; la Paz, objeto el mas digno de los cuidados de quien gobierna, es el mas dulce título sobre que se funda el amor de

los pueblos á sus gobernadores. La clemencia, la liberalidad, la fortaleza y cada una de aquellas virtudes que concurren á formar un gobierno feliz, ó tienen limitada su práctica á ciertas circunstancias de tiempos y personas, ó no ofrecen á la primera vista patente y manifiesto el común beneficio. Un gobernador que se dedica enteramente á establecer la interior paz del estado y la tranquilidad doméstica de sus miembros, debe reunir en sí todas aquellas virtudes que forman un heroísmo amable, y cuyos benéficos frutos sensibles y comunes en todos tiempos y á todas las personas traen vinculado en el agradecimiento de los pueblos un amor tierno á el que los manda. El mismo Dios, que en uno de los libros santos quiso formar el elogio de los varones grandes de su pueblo que mas se habían señalado en alguna virtud, immortalizó con el nombre de amados á aquellos que caracterizaron sus obras con el sello de la paz y una dulce tranquilidad. En los hermosos rasgos con que se delinean estos héroes desde el capítulo cuarenta y cuatro hasta el cincuenta del Eclesiástico vemos un Abraham fiel, un Phinees religioso, un Josué esforzado, un David devoto y amante, un Elias ardiente y celoso, un Eliseo obrador de

portentos; pero entre todos se distinguen con al epíteto de amados un Moyses y un Salomon: aquel excelente en la mansedumbre, escogido para moderar con ella los impetus de un pueblo inconstante y altanero; este un príncipe cuyo glorioso nombre se dilató mas allá de su imperio amado de todos por la paz. Divulgóse (asi elogiaba Dios á Salomon) tu fama hasta los países y naciones mas distantes, y fuiste universalmente amado por la paz: *Ad insulas longè divulgatum est nomen tuum, et dilectus es in pace tua.* Vosotros, señores, estais ya haciendo la aplicacion de estas hermosas palabras al gobierno pacífico del excelentísimo Bucareli y á nuestro tierno amor.

Aquella soberana y sabia Providencia que ordena las obras todas de la naturaleza para que sirvan á sus designios, señaló á nuestro virey con la ilustre prerrogativa de una nobleza antigua y pura, que acordándonos los servicios de unos ascendientes beneméritos deriva en sus sucesores un cierto título que los hace amables desde las cunas. Los dos solos renombres de Bucareli y Ursúa ofrecen á la idea un tronco antiguo y fértil, cuyas ramas cargadas de trofeos militares y de insignias pacíficas nos acuerdan en los glo-

iosos gobiernos y conquistas de Don Pedro y Don Martín de Ursúa en provincias de una y otra América cuánto debe el nuevo mundo á los Ursúas: un tronco, cuyas ramas estendidas sobre los altos palacios de Florencia, y sobre la sagrada cumbre del Vaticano se comunican y enlazan con la casas mas florecientes de la grandeza española: un tronco finalmente de quien brotaron tres frondosos renuevos para hermosear á un mismo tiempo en nuestros dias á la Navarra, á Cádiz y á la Nueva España.

A esta casa, con la que parece han hecho una perpetua alianza los honores y la piedad, debió sus cunas el señor Bucareli. Desde su niñez podemos decir que aprendió á temer al Señor en un espíritu de paz aun cuando no podia alabarle sino con labios balbucientes. Apenas habia cumplido cinco años, y ya estaba escrito su nombre en una religion que debió su origen á la hospitalidad, y cuyo instituto, dirigido á mantener en paz la fe santa contra los enemigos del nombre cristiano, inspira á los caballeros religiosos con el titulo de hermanos ideas pacíficas de religion y de concordia. Atado con este vínculo comenzaba los primeros pasos de su carrera el jóven Bucareli. Ni los

inquieta impetus de una juventud ardiente que desprecia la tranquilidad como achaque penoso de la vejez, ni las ideas de una nobleza ilustre que suele autorizar con la superioridad las disensiones, ni la emulacion fecunda de discordias, tropiezo que se presenta á cada paso en la carrera de los honores, alteraron jamas su exterior apacible, que en el justo concepto del Soberano mereció alguna vez la calificacion de ser un exterior propio de los individuos de una religion austera y edificante.

No creais por esto, señores, que va á presentarse al gran teatro del mundo uno de aquellos hombres indolentes, en quienes la cobardia y timidez del espíritu se cubre con la máscara de tranquila moderacion, y en quienes la paz exterior es falta de valor verdadero; no, esa dulzura por el contrario es hija de un corazon noble, esforzado, generoso, no menos dispuesto á coronar sus sienes de laureles marciales teñidos en la sangre de los enemigos del estado y de la religion, que inclinado á plantar entre los suyos ramos pacíficos de oliva. Subiendo de grado en grado desde cadete hasta teniente general debió á su valor y á su mérito haber llegado casi á la cumbre de los honores mi-

litares. No hubo operacion militar por difícil y peligrosa que no ejecutara en las diferentes funciones en que se halló mostrando siempre ya un esfuerzo generoso, y ya una consumada prudencia. Atacar las líneas y forzar las trincheras del campo enemigo, sostener con vigor una honrosa retirada, avanzar á la frente de las tropas, ó contener á las que acometen; en una palabra, unir al valor y paciencia de soldado la pericia é instrucción de gefe, á la fidelidad en obedecer la destreza en mandar, á la madurez y prudencia en el consejo y las resoluciones la viveza y prontitud en la accion: todo esto se admiró en Bucareli ya en sitios de plazas importantes, ya en funciones arriesgadas y ya en campañas trabajosas. Dejemos para quien haya de formar el elogio de sus prendas marciales el referir y ponderar con el orden y distincion correspondientes de tiempos y lugares quanto hizo y quanto obró en las campañas de Lombardia y de Nisa, de Plasencia y Provenza; quanto executó en la rendición de Villafraanca y Moltaban, en la de Lodi y bloqueo de Pizzigitone: quanto fué su ardimiento en el paso del Tánaro y funcion de aquel dia: quanto su valor en el campo real de Plasencia conteniendo el im-

petu de los enemigos, y asegurando la retirada y paso del ejército; cuanta en fin su esperiencia y comprehension militar en el reconocimiento de las costas maritimas de los reynos de Granada y de Murcia para arreglar sus fortificaciones, y en la inspeccion general de caballeria. A mí me basta este tosco bosquejo para haceros ver que si al señor Bucareli le faltaron las ocasiones, le sobran las virtudes guerreras para ser uno de los primeros capitanes de nuestro siglo. Pero Dios le reservaba una gloria mas dulce y amable, y un Soberano igualmente sabio en discernir los talentos de sus vasallos, que prudente y justo en proporcionarles los destinos, reconociendo en Bucareli un genio superior para gobernar en paz los pueblos, le nombró para el gobierno de la isla de Cuba y plaza de la Havana.

Humeaban aun no bien apagadas las cenizas de un fuego encendido por una guerra sangrienta, que introdujo entre sus voraces llamas hasta el corazon de la Havana un ejército estrangero, insolente con la victoria que sujetó á sus armas una de las plazas mas fuertes é importantes de nuestra América. Las funestas calamidades que, á la manera de los negros vapores y el humo que deja el fuego apa-

gado su incendio, siguen siempre á la guerra aun despues de concluida, la falta aunque de pocos meses de los benéficos influjos del sol de España, la ruina de los caudales y el peligroso contagio que amenazaba en el trato con una nacion no menos diferente de la nuestra en la religion que en las costumbres, alteraron, aunque sin ruina de la fidelidad española y de la pureza de la fé, la feliz constitucion de aquella isla. Es verdad, que las sabias acertadas providencias de un Rey amante de sus pueblos egecutadas por las manos diestras de gobernadores vigilantes habian en pocos años hecho casi olvidar las pasadas desgracias; pero se reservaba al pacífico Bucareli perfeccionar esta grande obra, y acabar de disipar los densos humos de aquel voraz incendio que se hacia aun sentir en el secreto de las familias. Apenas comienza á mandar, y ya estiendo á todo su próvida solicitud atenta á reparar cuanto se habia perdido: logra su vigilancia ver concluidos los famosos fuertes del Morro y de Atáres y la fortificacion de la cabaña: facilita su actividad en menos de ocho dias una costosa expedicion á la nueva Orleans habilitando en este corto tiempo embarcaciones, tren de artilleria, provision de viveres y caudales.

Mas entre los cuidados del mayor peso ocupa su primera atencion el desigño de desterrar el espíritu de la discordia y restituir á los ánimos la antigua tranquilidad. Ya desde entonces dió á conocer Bucareli en cuan alto grado poseía el maravilloso arte de ganarse los corazones y de conducir hasta el fin por medios casi imperceptibles, y tal vez con una aparente inaccion, las empresas mas importantes. En efecto por los canales de su politica bienhechora la paz se difunde por toda la ciudad; apaga su prudencia secretos fuegos de discordias, preserva á muchas familias de la ruina que les amenaza, asegura y defiende á otras que iban á perecer: y del seno de su pacífico corazon descendiendo como en los dias hermosos de la primavera una apacible lluvia que vivifica, alienta, alegre y hace florecer de nuevo una isla que casi habia marchitado el invierno rigoroso de la guerra. Isla ilustre y aflijida, perdóname si niego á tu justo dolor el triste consuelo de referir en particular todo lo que hizo y trabajó en tu beneficio. Cubra un espeso velo las funestas imágenes de tus calamidades, y no renovemos la dolorosa memoria de lo que padeciste con el recuerdo de los bienes que gozaste en el gobierno de Bucareli.

Pero ¿qué podría yo decir, aunque quisiera, que tú misma no hayas ya publicado cuando, mezclando las aclamaciones con las lágrimas, lloraste la ausencia de tu gobernador celebrándole no sé si mas que con tus elogios con tu llanto? Elogios, señores, que pudiera con razon equivocarlos la posteridad con la lisonja, si los hechos en que se fundan no fueran tan públicos y constantes: elogios universales de la nobleza, de la plebe, del estado eclesiástico y secular en que resonaban los amables nombres de padre, de protector, apoyo de la paz y restaurador: elogios que llegaron hasta los pies del trono en la representacion que dirigieron el obispo, prelados de religiones, ayuntamiento y todos los cuerpos politicos pidiendo rendidamente á S. M. que dispensase al señor Bucareli la residencia.

Así anunciaba con sus lágrimas la Havana nuestra felicidad. Toda la gloria que este gobernador pacifico y amado habia adquirido, divulgando su fama hasta aquellas islas, aunque tan grande, no era sino un ensayo de la que le preparaban la paz del reyno mas célebre del nuevo mundo y el amor de sus habitadores. Ya conoecis que no hablo de aquella paz que libra á los pueblos y los defiende del tu-

ror y de las hostilidades de la guerra; hablo de aquella otra paz doméstica y politica que, estableciendo el buen orden y armonia en los diversos cuerpos del estado, fomenta y mantiene la observancia de la religion y la pureza del culto del Dios verdadero, la obediencia del vasallo al Soberano y á sus leyes, los respetos y autoridad de la nobleza, la subordinacion de la plebe, el aumento de la agricultura y el comercio, el cultivo de las artes y ciencias. Esta paz no menos admirable que la estructura del cuerpo humano en las diversas é innumerables partes de que se compone, en el orden, proporcion y correspondencia de unas con otras, cuya sana y perfecta constitucion se altera y se pierde muchas veces por la destemplanza ó desorden de una minima parte: esta paz, digo, tan delicada en un reyno el mas dilatado, compuesto de diferentes naciones, paises y provincias, que abraza en su gobierno asuntos los mas dificiles por su materia, árduos por su importancia é innumerables por su multitud, fue el grande obgeto que se propuso Bucareli. ¿Qué estension de luces no se necesita para dirigir á un tiempo mismo negocios gravísimos de las armas, de la real hacienda, de policia y de justicia! ¿Qué prudente des-

treza para mover desde un gabinete los resortes sin número de esta vasta máquina! ¡Qué genio superior y elevado sobre el comun de los hombres para atender, sin que el cuidado de unos distraiga de los otros, negocios de los cuales cada uno necesita para su direccion un hombre consumado! Pero el señor Bucareli, como si solo se dedicara á uno de tan diferentes objetos, ó como si uniera en sí la expedicion, el desvelo y los talentos de muchos gobernadores excelentes, todo lo arregla, de todo cuida, todo lo concluye felizmente. Quien le viera atendiendo á la creacion y al arreglo de los regimientos provinciales, velando sobre la disciplina militar y el decoro de las tropas veteranas, y dando providencias oportunas ya para la conclusion del fuerte de San Carlos en Perote, ya para la mas segura fortificacion del castillo de San Juan de Ulúa y del reedificio del de San Diego en Acapulco: al verle dirigir costosas expediciones para explorar por mar los nuevos descubrimientos de las costas septentrionales de la California hasta la altura de cincuenta y ocho grados, promover los adelantamientos del nuevo departamento de San Blas, disponer que se emprendiera é hiciera dos veces el camino por tierra á Monterey vadeando los

rios Gila y Colorado; meditar para estos fines arbitrios útiles, ordenar medios, demarcar con exactitud los sitios, señalar los rumbos, y proveer á todo como si se hallara presente: quien esto viera diria sin duda: este es un general perfecto y consumado que se emplea únicamente en los asuntos militares. Pero quien viera al tiempo mismo que en las difíciles circunstancias de los empeños de la real hacienda y del nuevo reglamento de varios de sus ramos busca el debido temperamento de adelantar los intereses del Soberano sin perjudicar los del vasallo, que representa á un Rey justo con sinceridad y veneracion los derechos del público, que satisface las deudas del erario, y da á sus rentas un aumento que no ha tenido egemplar: quien esto contemplara, le calificaria por un politico ministro de hacienda destinado precisamente á este importante cargo. Cualquiera al considerarle en la innumerable multitud de negocios árdus, graves y enredosos de un reyno tan dilatado despachar expedientes, oír demandas, resolver difíciles dudas, cortar litigios, sin olvidarse del comercio y del adelantamiento de las ciencias y artes, cuidando del aseo y hermosura de la ciudad, y reformando los públicos desordenes: juzgaria que era un

magistrado lleno de superiores luces que no tenia otro empleo que la policia y la judicatura. Quien reflexara en aquel humilde respeto con que veneraba á la iglesia y á sus ministros, en la acorde armonia que guardó siempre con sus ilustrisimos prelados, en la moderacion y celo con que, conteniendo su autoridad para no penetrar los sagrados limites del santuario, protegía respetuosamente sus derechos: le reputaria por un religioso ministro únicamente empleado en defender la iglesia. Mas quien considerare que todo esto era Bucareli, y que no caminaba jamas á estos altos fines sino por sendas de paz, tan solícito en hacer gustosa al pueblo la obediencia y en conservar la tranquilidad del público que la mas ligera disension doméstica afligia su espíritu, como si fuera un particular padre de familias, concluiria con razon: este es un ministro cabal de guerra y de hacienda, magistrado sabio, fino político, gobernador religioso, es un todo para todos, es un hombre que parece superior á los demas hombres, es un ángel de paz que ha destinado la Providencia para beneficio de Nueva España.

Era necesario, señores, hablar delante de vosotros, testigos fieles de cuanto digo, para hablar sin temor de que parezcan es-

tas alabanzas ponderaciones estudiadas con que en esta especie de elogios se suelen engrandecer aun las acciones mas pequeñas. Pero vosotros que sabeis que es mas lo que callo que lo que digo, sabeis tambien á cuanta costa os procuraba la paz este insigne varon. Sin dar treguas á sus tareas, infatigable en la aplicacion é incesante en el trabajo no tenia otro descanso que mudar de obgeto y asunto en lo que trabajaba. No habia dia en que no despachara algunas horas, y en todos los de gobierno dedicaba cinco y muchas veces mas al despacho con tres diferentes secretarios. Leía y se instruía por sí mismo, sin fiarse de extractos ó relaciones verbales, todos los expedientes de importancia, formando un breve compendio de sus puntos mas graves. Muchas horas escribía ó dictaba no solo las correspondencias y asuntos reservados, sino papeles utilisimos de arbitrios sabios y acertadas providencias dirigidas al bien comun, en que se dejaban admirar su felicidad y facilidad en esplicarse, la pureza y naturalidad del estilo, y la comprehension de materias que parecian ajenas de su profesion. ¿Y cuándo (preguntaréis justamente) cuándo descansaba Bucareli? ¿Cuándo concede á la naturaleza fatigada aquellas honestas recrea-

ciones, que mas que diversion son medio necesario para recobrar las fuerzas? Asombraos, señores, los años se pasan sin que el señor Bucareli destine un dia solo á aquellas diversiones que sirven ó de recreo al ánimo, ó de descanso al cuerpo. El bufete y la pluma le ocupan las horas y los dias; y si se retira algunos ratos á un pequeño jardin doméstico, cultivándole muchas veces por su propia mano, allí ó medita al abrigo de la soledad los grandes negocios, ó en el sencillo trabajo de un jardinero que aqui riega, allí planta, allá endereza una rama torcida, cuidando aun de la mas pequeña flor, sin cortar ni destrozr sino cuando lo pide la necesidad, aprende lecciones de un gobernador celoso y pacífico. ¿Mas qué mucho? Si acometido de una grave enfermedad, cuando el peligro cercano de la muerte hace mas amable la vida, y cuando los que han parecido cuidar ménos de ella forman mil proyectos de conservar la salud, diciéndole los asistentes en un alivio aparente, que por entonces engaño nuestro dolor, que era precisa una convalecencia cuidadosa y remitir algo del trabajo, respondió con donayre cristiano: *y despues vendrá el confesor á preguntar, como se desempeñan las obligaciones de virey.* Severa máxima disfrazada en jocosidad,

dad, no menos propia para confundir y aterrorizar á cuantos gobiernan, que para dar á conocer que Bucareli sacrificaba su salud y su vida á la comun tranquilidad!

Yo bien conozco que me escuchais con una inquietud impaciente, y que revolviendo en vuestra memoria las grandes públicas obras con que este incomparable virey procuró perpetuar la paz de diferentes cuerpos del estado, cada uno querria que yo elogiara entre las demas aquellas que le representa mayores su idea conforme á su genio. Unos me acordarian el hermoso y útil hospicio de pobres méndigos que, precisados ó de su miseria ó de su ociosidad á una vida inquieta y perturbada, gozan allí un método pacífico de vida cristiana y civil: obra que en lo material logró una estension magnífica con el crecido costo de mas de setenta mil pesos solicitados por su medio, y á cuya subsistencia contribuia anualmente con mas de cinco mil. Me presentarian otros ya el piadoso hospital de dementes, miserables achacosos que espuestos á una inhumana irrisión solo logran alguna quietud en aquel retiro; y ya la cárcel de la acordada, en donde los infelices delinquentes dejan gozar al público sin sustos la paz que

ellos perturban con sus desórdenes: fábricas ambas admirables y costosas que emprendió la magnificencia del real tribunal del consulado escitada de los oficios mas vivos, eficaces y piadosos de este grande hombre. Ponderarian muchos como la mas digna de elogio la casa de santos espirituales ejercicios, cuya fundacion protegió con todo el favor de su autoridad, y la que sostenia con frecuentes socorros: casa verdaderamente santa y útil á la religion y al estado, en donde la profunda meditacion de las verdades eternas, reformando al hombre en lo cristiano y en lo civil, afianza á la república aquella verdadera paz que consiste en la fidelidad á Dios y al Rey. Ni faltaria quien me pusiera á la vista el frondoso paseo capaz de competir con las amenidades de Aranjuez y Versalles que en su nombre conservará la memoria de aquel que negándose á toda diversion, procuraba á los demas honestas recreaciones. ¿Mas como quereis, señores, que yo con mis palabras dé á tantos gloriosos hechos todo el esplendor que en sí tienen, si apenas tengo tiempo para referirlos sencillamente? ¿Qué no pueda yo, para satisfacer en breve á vuestro deseo y á mi designio, presentaros en el bello enlace de virtudes morales y politicas de

esta noble alma el carácter distintivo de su amable y pacifico gobierno! Un virey tan amigo de la verdad que acobardada en su presencia la adulacion no se atrevia ni á tocar en sus oidos; tan enemigo del interes que aun los obsequios menos sospechosos le parecian ofensas: un juez tan cauto á quien ni las dulces insinuaciones de la amistad, ni el artificio mas sutil de un torcido informe, ni los vinculos del respeto preocuparon jamas para ofuscar ó precipitar su juicio contra la inocencia: tan justo y prudente que nada resolvia sin el consejo de ministros sabios: tan íntegro que para él los ruegos eran inútiles si se pretendia lo justo, é injuriosos si era injusta la pretension: tan humano y equitativo que hizo amable la justicia á los mismos contra quienes la declaraba, teniendo por una de sus máximas que *lo último que se ha de hacer es perder á un hombre*; digámoslo en una palabra: un gobernador que sirvió fidelísimamente al Rey sin disgustar al vasallo, y cuidó, como padre, del público sosteniendo los derechos del soberano. ¿No parece este un héroe fantástico de poema inventado para enseñar cuál debe ser un virey, no para representar cual fuese? Pues este es aquel virey que tratásteis, cu-

vos hechos visteis, cuyo gobierno amásteis, es Bucareli.

Conservad, señores, en vuestra memoria para contar á vuestros descendientes y nietos, cuando sea tiempo de que se publiquen para una gloriosa historia hechos que vosotros reservais ahora para sus privados elogios: conservad en la memoria aquellos golpes de piedad y de prudencia con que sabia castigar el delito sin perder al delincuente: aquellos acertados pronósticos, que son como las profecías de la política, con que á pesar de las mas fundadas apariencias ó penetraba los secretos artificios de la malicia, ó anticipaba los sucesos: aquellos últimos primores de su justicia, que unas veces activa y resuelta en un punto consultaba, determinaba y decidía; y otras industriosamente perezosa con una estudiada demora de los expedientes, ó resfriaba el fuego de una demanda ardiente, ó hacía que se consumiera en sí misma la pretension injusta. Esto y mucho mas les referireis vosotros, y ellos envidiosos de vuestra felicidad, para consolar la pena de no haber conocido á Bucareli, como en otro tiempo los israelitas al acordarse de Josias, se recrearán en su memoria como en una confeccion de aromas fragantes, y

resonará en sus oídos con mas dulzura que una música armoniosa el renombre del *virrey amado por la paz de su gobierno*.

Mas ¿qué seria todo este nombre sino un vano ruido, y este amor mas que materia de eterno oprobio en la presencia del Altísimo, si dedicado á procurar á otros la paz no hubiera establecido en sí la interior de su corazón? ¿Y acaso hubiera gobernado pacíficamente á los demas, si al mismo tiempo no hubiera puesto su primer empeño en gobernar con una paz cristiana su espíritu? ¡Ah! el corazón del impío (según la bella frase de Isaías) á manera de un mar tempestuoso que agitado interiormente con la violenta conmoción de sus aguas, con los negros vapores y exhalaciones que levanta, oscurece la region, excita furiosos contrarios vientos, y amenaza tristes naufragios á los infelices que navegan en su seno: el corazón, digo, del impío que gobierna, exhala del fondo de su espíritu inquieto y perturbado con las pasiones turbulentas vapores de perversos ejemplos que impelen reciamente á los demas al vicio. Cada delito suyo es un escollo en que choca la virtud de los particulares: cada pasión que intenta satisfacer es un profundo abismo donde van á sumergirse ó la ino-

cencia ó los intereses de la república; y toda su conducta una confusa tempestad en que naufraga la nave confiada á su gobierno. Altamente penetrado de esta verdad el señor Bucareli, para gobernar á los demas, trabajaba en dominar en sí el enemigo mayor del hombre que es el hombre mismo: conocia que la paz que procuraba á los otros le conciliaba un amor tierno, pero inútil para su verdadera gloria, y aun poco seguro para su autoridad, sino se solidaba en aquel otro amor de respeto con que venera el pueblo la virtud y la paz del espíritu de los que le gobiernan: *Dilectus es in pace tua.*

Aquella mansedumbre, cimiento de la cristiana paz; que reprime y aun sofoca los primeros ímpetus de la ira, si en el comun de los hombres es un prodigio de la gracia, en los principes y gobernadores es un portento mas admirable. En los montes de la fortuna se observa lo contrario que en los naturales: estos (si creemos á la vulgar opinion) á proporcion de su mayor altura son ménos agitados de tempestades: y aun cuando estas obscurecen y confunden los valles, respetan la elevada cumbre del Olimpo libre de la furia de los vientos. Pero en el Olimpo de las dignidades y del gobierno á mas de

los vientos comunes para escitar la ira; so-plan reciamente la multitud de negocios que oprimen, la impertinencia de pretendientes que incomodan, el ayre vano de ceremonias y cumplimientos que no dejan descansar; irrita la menor falta de respeto, la facilidad de la venganza la estimula; y para enardecer á un Aman exaltado, basta la irreverencia imaginada de un pobre Mardoqueo. Rodeado y combatido de estos tempestuosos vientos el espíritu de nuestro virey gozaba no obstante de una cristiana serenidad que no perturbaban ni los reveses de fortuna, ni los cuidados domésticos, ni los innumerables amargos incidentes del gobierno de un vasto reyno. Todas sus acciones (conforme á la santa doctrina del sabio) iban como selladas con el carácter de su mansedumbre que daba un nuevo realce á su amabilidad: *in mansuetudine opera tua perfice & super gloriam hominum diligeris.* A pesar de su natural moderacion llegó á protestar en cierto lance que jamas la ira le habia precipitado á vengarse aun pudiendo, ni habia tenido parte en sus resoluciones. Protesta que ciertamente le arrancó entónces su celo para una discreta correccion á excusas ó con queja de su modestia. ¿Visteis, señores, su semblante siempre sereno? ¿Oisteis

sus palabras siempre medidas y moderadas aun en el tono? ¿Observasteis sus pasos y su exterior todo modesto y grave? Pues registrad por estos velos el interior fondo de aquella alma, que apreciando la mansedumbre como la insignia principal del cristiano, entre las órdenes que pocas horas antes de morir daba á un familiar de sus mas confidentes: *cuidado, le decia, cuidado nunca riñas ni te enojés.*

● Sobre este tan sólido fundamento de mansedumbre, compañera inseparable de la humildad, levantaba Bucareli el hermoso edificio de la paz del espíritu compuesto de las cristianas virtudes con que señaló especialmente los últimos años de su vida. El tiempo me estrecha, y yo ni sé como reducir el discurso, ni puedo omitir una materia que es la mas propia para la comun edificacion y para su gloria. Permitidme por tanto, que á semejanza de los que para delinear todo el mundo en un corto mapa se sirven de pequeños caracteres y notas que presentan á la idea grandes reynos, dilatados mares y ríos caudalosos, os ponga abreviadas á la vista algunas acciones que indican sus cristianas virtudes. Indices eran de su viva fe el profundo respeto con que leia todos los dias en libros puros las verdades eternas,

buscando en ellos una instruccion sencilla, y no un vano fomento á la curiosidad: la humilde veneracion con que hablaba y oía los misterios de nuestra religion, desterrando de sus labios y de sus oídos aquellos discursos impios y sacrilegos por donde manos profanas del siglo han hecho moda de atreverse no solo á tocar, sino aun á registrar aquellos tesoros que encierra la Arca santa. Indices eran de su esperanza la confianza filial con que en los mas graves negocios y en las públicas calamidades recurria inmediatamente á Dios como autor de los bienes todos: la seguridad con que fiado en el Señor aconsejaba que se emprendieran y promovía las obras de piedad aun cuando faltaban los humanos recursos: y sobre todo el heróyco deshacimiento de su propia vida que manifestó mas de una vez acometido de alguna grave enfermedad, encargando á sus amadas hermanas religiosas capuchinas que no pidieran al Señor su salud, sino una santa muerte. Los fondos de su ardiente caridad solo podia mostrarlos el exterior brillo de sus obras, especialmente las del amor al próximo y su misericordia. Yo no dudo, señores, afirmar que el señor Bucareli estaba unido á todos con el precioso vínculo de la caridad. ¿Y cómo habia de dudarle, cuando

sé por sinceros informes que su caridad industriosa y benigna sabia disculpar en público defectos que reprehendia secretamente; y que aun en las privadas concurrencias se abstenia de aquellas murmuraciones que la plebe desprecia como ligerezas, que los cortesanos celebran como gracia, y los de clase superior tal vez reputan como gage propio de la autoridad que gozan sobre los demas? Mas quando alguno lo dudara, lo dirian la compasion que sentia y con que solicitaba el remedio de las públicas miserias, la pena que mostraba aun por las particulares desgracias: lo dirian tantas obras dirigidas á la comun utilidad, que habeis visto y oido; tantas limosnas: ¿pero cuántas? Este secreto, que reservó tan cuidadosamente, ocultando quanto podia de la siniestra mano lo que daba la diestra, lo descubrió por último el corto caudal que ha dejado. Un gobernador de la Havana por tiempo de cinco años y medio, virey de Méjico mas de siete, á quien á mas de los comunes crecidos sueldos de su empleo le consignó la real liberalidad en cada uno de los dos últimos años ochenta mil pesos, que gozaba una rica encomienda de su orden, no dejó mas caudal que ciento y ochenta mil pesos, aun computando el valor de sus muebles y

alhajas. Corto caudal para un virey de Nueva España; pero crecido para un virey tan desinteresado, tan caritativo, tan limosnero.

Seguid, señores, reconociendo en este toco pequeño mapa en abreviados puntos sus cristianas virtudes: en su fragilidad verdaderamente religiosa su templeza; su justicia en la integridad y desvelo con que procuraba satisfacer y conservar los derechos de cada uno; su fortaleza en su inalterable constancia, y su prudencia en todo. ¡Quién hubiera podido, para conocer todo el mérito de su piedad, entrar á registrar su corazon en las horas enteras que empleaba preparándose para recibir el cuerpo sacramentado de Jesucristo! ¿Cómo se confundiria su humildad en el abismo de su nada, y de la grandeza del Señor que iba á recibir? ¿Cuáles serian los actos de su fe? ¿Cuántos los de su caridad? Pero si este conocimiento se reserva á Dios solo, inferid su devocion piadosa de tantos cotidianos egercicios de leccion espiritual y de cristianas preces que hacia muchas noches acompañado de su familia, y de los egemplos que daba en los públicos actos de religion. Cuantas veces entró en este augusto magestuoso templo: cuantas veo ese lugar y esa silla, que

ocupaba tan digna y tan humildemente en las solemnes sagradas funciones, me parece que le estoy viendo puesto de rodillas, humillados sus ojos, respirando en su semblante veneracion y respeto á los misterios sacrosantos que aqui se celebran. Mundanos irreverentes, por no decir impios, que apenas postrais una rodilla en presencia del augusto sacramento, profanando el templo con vistas inmodestas y con conversaciones libres, mirad á Bucareli y aprended como debeis asistir á la casa de oracion y de silencio: aprended lecciones de religion y de piedad al verle en el convento de religiosas capuchinas, siempre que estaba manifesto el Señor Sacramentado, emplear horas enteras con admiracion de todos postrado de rodillas en recogimiento y meditacion.

Virtudes tan admirables crecian mas y mas cada dia cultivadas con la devocion de Maria Santisima en su milagrosa imagen de Guadalupe, en quien, como él mismo protestaba, habia depositado su gobierno, sus cuidados, sus destinos, y lo que es mas la felicidad eterna de su alma. Ahora mas que antes debo quejarme de la brevedad del tiempo, que en un asunto por donde debia comenzar este elogio no me deja referir ni los ricos dones que pre-

sentó á su altar y á su templo; ni las visitas semanarias que hacia al santuario todos los sábados, ni aquella alegre priesa é inquietud, ajenas de su natural gravedad, que manifestaba en estos dias, levantándose antes de lo regular, diciendo lleno de regocijo á los que le acompañaban: *ea, vamos: hoy es dia de ver á la Madre Santisima de Guadalupe.* ¡Cuántas horas empleaba allí en estos y en otros muchos dias puesto de rodillas, bañado su semblante en lágrimas y su corazon en tiernos dulcísimos afectos á esta Señora! Yo no puedo explicar cuales eran; pero vi, y muchos de vosotros visteis como le rebosaba por el rostro el íntimo gozo que sentia cuando hablaba ú oja hablar de la imagen guadalupana. Bastaba que un asunto condujese en algun modo á su mayor culto, para protegerle con todo el poder de su autoridad. Ilustre testimonio dieron de esto la gustosa satisfaccion con que adoptó, y los vivos prudentes esfuerzos con que promovia la noble cristiana idea de erigir en el recinto de la insigne y real colegiata de Guadalupe un convento de religiosas capuchinas: ¡Ah (así se explicaba tratando en una carta familiar este negocio) si yo fuera tan dichoso, que viera en mi tiempo practicado este designio.

La muerte que le privó de este consuelo, acaso frustraría la egecucion de pensamiento tan cristiano, si no la aseguran los eficaces oficios de nuestro ilustrisimo prelado y la alta proteccion que debe esperarse de la cordial veneracion del sabio ministro de Indias á esta celestial y prodigiosa imágen. Megicanos, aun cuando Bucareli no hubiera por tan poderosos titulos merecido vuestro amor, este solo, su devocion fervorosa, tierna, sólida, casi sin semejante para con este dulce portento de la América bastaria para que amarais con el mayor respeto á un virey que será conocido en los siglos venideros por el *virey guadalupano*, y que aun despues de muerto quiso que adonde habia vivido su corazon, reposara en el sitio mas humilde y hollado de todos su cadáver.

Llegué ya, señores, y ojalá me fuera lícito no renovar vuestro dolor con la memoria de los últimos heróicos rasgos de su vida: llegué á aquellos momentos, no sé si diga infelices ó venturosos, en que vuestro virey comenzó á gozar los dulces frutos de la paz cristiana en una muerte egemplar y pacífica. Lejos de aquí aquella paz pagana de los que miran con indiferencia la muerte, porque no esperan una eterna vida: lejos aquella afectada tran-

quilidad de los impios y libertinos, que á fuerza de desesperar parece que no temen. Mirar la muerte con ojos serenos porque el testimonio de la propia conciencia y una firme confianza en la misericordia de Dios disipan todo nimio temor, esto llamo yo morir en paz cristiana, y así (como piadosamente creemos) murió nuestro virey. Dadme licencia para correr precipitadamente este doloroso pasage. Una inflamacion de la pleura acomete al señor Bucareli el miércoles de la semana mas santa, dia en que habia participado de los sagrados misterios de la pascua. El mal descubre desde luego su peligro, y el enfermo recibe no solo sin susto, mas aun con alegría el aviso de que es tiempo de que se prepare con el sagrado viático y se fortalezca con la santa uncion. Cuantos nos hallábamos presentes á este tierno y religioso acto admirábamos edificados las sinceras protestas de su fe, y la devocion y ternura con que recibió el cordero de paz. ¿Pero quién de nosotros pudo contener las lágrimas cuando, en presencia de Dios Sacramentado, bañados en llanto sus ojos, llama al confesor y en voz alta le encarga haga pública esta humilde protesta: *pido á todos que me perdonen el mal exemplo que les he dado, y las injurias*

que les hubiere hecho: yo de lo íntimo de mi corazón perdono á cuantos me hayan ofendido. Entre tanto Mégico consternada (no hay para que repetir lo que acabais de ver) daba las pruebas mas relevantes de lo que amaba á Bucareli. No hubo iglesia pública ó casa particular en donde no se ofreciesen á Dios los mas ardientes votos, para que apartara de nosotros el severo castigo que nos amenazaba. Los tiernecitos niños de la escuela andaban solícitos por las calles preguntando por el estado de la salud de su virey; la gente mas miserable, aquella que regularmente ignora aun los nombres de los vireyes, cuyo diario jornal no alcanza para alimentarla, coleccionaba en las plazas limosnas para hacer celebrar por su salud el sacrificio santo; las madres olvidadas del natural amor y ternura ofrecian á Dios la vida de sus hijos para redimir la de aquel que amaban como á padre comun: todos lloraban sin consuelo, y si hubo alguno que fuera insensible á tanto golpe afectaba el sentimiento, como que en aquellas circunstancias fuera delito el no sentir. Así crecian á cada instante el temor y la pena con las funestas noticias que se esparcian: los síntomas del mal mortales y una complicacion maligna que cerraba la puerta á la

esperanza; eran pronósticos ciertos de su muerte. Pero con asombro de los sabios médicos el semblante sin indicios funestos, el desembarazo de sus potencias y miembros después de ocho días de fiebre aguda lisonjaban todavia nuestros deseos. Mas al fin Bucareli es fuerza que descanse: él conoce la cercanía del último instante, y (¡Dios de súma bondad, como sueles hacernos sensible en ciertos tiempos el dulce poder de tu gracia en la hora mas amarga!) vuelto á los asistentes les dice: *ya la muerte se acerca, vestidme, porque quiero morir hincado de rodillas; y ya que no me concedais esta por falta de fuerzas, bajadme al suelo para morir en él sobre una estera como pobre religioso.* La prudencia no permitia la execucion, pero no quitó el mérito al sacrificio. Grandes del mundo, acercaos ahora á este lecho rodeado de ministros del Dios vivo, y ved como muere un virey justo; dije mal, ved como el justo no muere, y como libre de los tormentos de la muerte goza entre sus mismos combates la mas serena paz. Mirad como pone sobre su pecho la imagen de Cristo crucificado y esclamando con el mayor fervor: *no perdamos instantes tan preciosos, repite actos de viva fé, se actúa en la esperanza y en afectos*

de caridad. La agonía se aumenta, él recoge sus últimos alientos para prorumpir en nuevos actos de virtud; pero se esfuerza, y no puede: fáltale la voz, levanta remisamente los ojos al cielo, junta devotamente las manos, y.... escusadme el dolor de decirlo; ya lo dijo vuestro llanto, ya lo dijeron los lamentos, y lo publicaron las lágrimas de todos. No aguardéis, señores, que yo; siguiendo el comun estilo, me empeñe ahora en escitar en vuestros espíritus afectos de dolor y ternura á vista de esta inconsolable pérdida, ó que vaya á sacar de las oscuridades y horrores de un sepulcro imágenes funestas y espantosas que os hagan formar ideas de desengaño sobre la nada de la humana grandeza: no, vuestro dolor mas necesita motivos que le moderen, que razones que le estimulen; y las mas elocuentes expresiones de desengaño en estas ceremonias tal vez divierten la fantasía sin edificar el corazón. El pensamiento que desde el punto que murió el señor Bucareli me llenó de terror, y aun ahora me hace estremecer: el que yo querría que todos con la debida proporcion imprimieran altamente en sus espíritus es el que naturalmente escita una muerte que podia servir de egemplar aun á los religiosos mas austeros. Un homi-

bre criado en la delicadeza y regalo de la casa de Bucareli, un militar que siguió una carrera tan llena de honores como de peligros, un virey de Nueva España á quien le brindan los placeres, le solicitan las honras, las riquezas le buscan; gobierna sin interes, manda sin orgullo, vive en medio de una corte deliciosa en mortificación y retiro, muere en una paz dulce y cristiana; y aun despues de su muerte nos deja en su sepulcro un respetable monumento de humildad y de devocion: ¡y yo ministro del Altísimo con mas obligaciones, con menos riesgos é incentivos vivo (miserable de mí) en tibieza, huyo la mortificación, y lo arriesgo todo espuesto á una muerte inquieta y desdichada!

Dios de paz, padre de las misericordias, fomenta en nuestros espíritus los utilísimos documentos y egemplos que nos dió en vida y en muerte un virey amado: y si acaso su alma, para limpiarse de algunas escorias de la humana fragilidad, está detenida en el fuego de la purificación, recibe Señor la sangre pura del cordero que se te ha ofrecido tantas veces, las penitencias sangrientas, los votos puros y las oraciones que hasta el día te presentan por su libertad. Haz, Señor,

que aquel que amado con ternura y con respeto de los hombres mantuvo felizmente la paz de este reyno, y conservó la paz cristiana de su corazon, descansen amado eternamente de tí en la sólida y verdadera paz.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MATÍAS DE GALVEZ,

VIREY QUE FUÉ DE MÉGICO.

Simplicitas justorum diriget eos. Proverb.
cap. 21.

Si esta triste y religiosa ceremonia no tuviera otro fin, que el de mostrar al pueblo cristiano con un documento el mas sensible la fragilidad y la nada de la humana grandeza, yo llenaria mi doloroso oficio con solo acordaros la trágica escena que poco ha se representó á nuestra vista en la muerte de un poderoso y amable principe. ¡ Transformacion funesta! en que la perspectiva hermosa de magnificencia, de júbilo y de regocijo desaparece repentinamente, y se muda en la melancólica de humillacion, de tristeza y